



LA SUDAMOS EN LA PANDEMIA

Una Travesía Hospitalaria

Por: Daily Rosa Curiel Sprockel Fotos: Archivo

Mientras algunas familias se quedaban en casa para evitar que el COVID-19 los amenazara, los héroes blancos sin capa tenían que salir a trabajar con la convicción de salvar vidas, aunque arriesgaran la suya.

Con uniforme antifuído, tapaboca, lentes, máscara de protección, gorro, polainas y guantes; los médicos, enfermeras y auxiliares batallaban todos los días sin descanso en los hospitales y clínicas del departamento de La Guajira. A veces sin el material necesario o en jornadas maratónicas de 24 horas. A pesar de las protecciones, su posición en primera línea de fuego, también los hacía más vulnerables al contagio del COVID-19. Parecían unos astronautas que se preparaban para viajar al espacio y necesitaban protegerse del frío y de peligrosas radiaciones. Pero no, estos héroes de la salud vivían continuamente una travesía hospitalaria, y su vestimenta era el escudo que utilizaban para protegerse del virus antisocial y silencioso que produjo esta pandemia.

Cuenta que cuando ingresaban pacientes con sintomatología típica, que podía incluir fiebre, dolor de garganta, dolor muscular y articular, pérdida del olfato y el gusto, tos generalmente seca, dificultad para respirar, entre otros síntomas predominantes, se comenzaba sospechar que podrían estar contagiados de coronavirus, por lo tanto, mientras llegaban los resultados de las pruebas RT-PCR para confirmar el diagnóstico, sugería que estos pacientes fueran aislados en un área especializada para esta patología; es aquí cuando comenzaba una relación más estrecha entre médico-paciente, debido a que se restringen las visitas de familiares y amigos; y el personal médico es quien además de procurar por su salud física, también debía garantizar la salud mental del mismo, para que unidos pudieran ganarle la batalla al coronavirus.



Oscar Leonardo Parra Ricciulli

Para Parra Ricciulli atender pacientes positivos y sospechosos de COVID-19 se convirtió en una labor humanitaria y altruista. Por esta razón, manifiesta que no tuvo miedo de contagiarse, debido a que los médicos siempre han estado expuestos a contraer cualquier enfermedad infectocontagiosa con alto riesgo biológico. Considera, además, que lo más prevalente en esos momentos es salvaguardar la vida del paciente; y también dentro de su compromiso está el de brindar mensajes de aliento y esperanzadores a los familiares; teniendo en cuenta que para ellos no es fácil separarse de sus enfermos. Muchas veces no comprenden que como médicos estamos cumpliendo con nuestro deber. -agrega Parra Ricciulli.

“Así empezaba mi Travesía”

Comprometido con su profesión, el médico internista Oscar Leonardo Parra Ricciulli de 39 años de edad, se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, organizaba su maleta con el uniforme y demás elementos de protección para dirigirse a su trabajo en una clínica del municipio de Maicao. A las siete de la mañana ingresaba teniendo en cuenta las normas de bioseguridad, y mientras el equipo médico saliente de turno dejaba en orden las tareas administrativas, Oscar se lavaba bien las manos, se ponía el uniforme quirúrgico de acuerdo con los protocolos establecidos por la OMS para disponerse a comenzar su guardia.

Una vez terminada su guardia se preparaba para retornar a su hogar, pero antes debía empezar con un proceso de desinfección; debido a que es importante mantener una buena higiene en las manos, después de estar expuesto a fluidos corporales o tocar el entorno de los pacientes. El lavado con agua y jabón debe hacerse al menos por 20 segundos. Este itinerario no le disgustaba, aunque muchas veces fue objeto de discriminación; puesto que lo veían como foco de contagio. Sin embargo, continuaba en la lucha disfrazado de blanco sudándola toda para contribuir con la sanidad de quien lo necesitara.

“Me hice enfermera para cuidar a la gente, no para verlos morir”

Kendy Sprockel Almazo de 24 años de edad, recién graduada de enfermera jefe, jamás imaginó que su primera experiencia laboral empezaría en plena cuarentena. Ella era la encargada del piso asignado para pacientes sospechosos y positivos de COVID-19 en una clínica del Distrito de Riohacha; donde atendía alrededor de treinta pacientes diariamente. Revela que empezó a saber del coronavirus a través de algunas noticias internacionales, donde describían a un virus sumamente contagioso originado en China, el cual está clasificado como MRSI (en francés *Maladies Respiratoires Severes Infectieuses*) que reagrupa un conjunto de infecciones vinculadas a los viajes (entre esas el ébola, la gripe aviar, la gripe bovina, etc.). Como enfermera de hospitalización, Kendy Sprockel Almazo debía cubrir diferentes áreas del servicio. Sin embargo, los protocolos cambiaban constantemente, de forma que en un mismo día podían presentarse dos modificaciones, porque es una enfermedad que va avanzando rápidamente y de la cual no se tenía demasiada información en esos momentos. Pero el principio siguió siendo el mismo: aislar al paciente tan pronto llegaba y proteger a los demás pacientes que no se consideraban sintomáticos y que podrían contraer la enfermedad.

Entre llanto y angustia Sprockel Almazo relató la frustración que



Kendy Sprockel Almazo

sentía cuando fallecía un paciente por causa de COVID-19, pese a los esfuerzos que realizaba el personal médico por preservar su vida. Con lágrimas en los ojos dice - me hice enfermera para cuidar a la gente, no para verlos morir-. Fue una situación lamentable, que lejos de desanimarla a continuar con su vocación, la motivaba aún más. A pesar de su corta edad, para ella ejercer la enfermería en estos tiempos de pandemia, fue un gran reto, y por su mente nunca pasó abandonar la nave espacial que abordaba todos los días; más

bien, la clínica se convirtió en su segunda casa, tanto así, que, en vez de solicitar permiso para celebrar su cumpleaños, prefirió festejarlo con sus compañeros de lucha en su puesto de trabajo. Al igual que el médico internista Oscar Parra Ricciulli, tuvo que enfrentarse a la discriminación por parte de personas que la conocen y se cohibían de estar cerca de ella por el hecho de ser enfermera y atender pacientes con esta enfermedad. Manifiesta que al gobierno departamental y distrital les faltó hacer más pedagogía, no sólo para que la gente tuviera en cuenta las normas de autocuidado, sino también para que respetaran y valoraran los esfuerzos del personal médico dentro de las instituciones de salud.

“Soy Médico, lucho por ti y por mi vida”

Cuando el coronavirus se propagó más en el Distrito de Riohacha, la clínica donde trabaja el médico general Ronald Pimienta Fonseca se vio rebasada por la cantidad de casos que ingresaban regularmente. Relata que atendía muchos pacientes positivos de edad avanzada; algunos de ellos fallecieron por sus comorbilidades, la cual hizo que se complicaran aún más. Cabe anotar, que a

medida que la persona envejece, aumenta el riesgo de enfermarse gravemente a causa del COVID-19. Asimismo, agrega, que este virus sorpresivo generó muertes en pacientes menores de 45 años de edad que padecían obesidad mórbida. Al respecto, se han publicado varios estudios donde resaltan que la obesidad es un factor de riesgo para la hospitalización, el ingreso en UCI y el desarrollo de consecuencias graves que llevan a la muerte.

Estos panoramas entre la vida y la muerte hicieron que Pimienta Fonseca se apasionara más por su profesión. Dice que para él no existía descanso, era más grande el deseo de lucha por la recuperación de sus pacientes, que prefería en sus horas libres dedicar su tiempo a la investigación científica sobre tratamientos más eficientes para contrarrestar la enfermedad evitando daños mayores o secuelas futuras en el organismo.



Ronald Pimienta Fonseca

Por otro lado, cuenta, que cuando ingresaba a un centro comercial del Distrito de Riohacha, sintió miradas amenazantes a su alrededor. Al parecer su indumentaria médica lo estigmatizaba como un infectado más, que llegaba a contagiar la ignorancia de la gente. Sin embargo, afirma que es

natural que existiera cierto temor en las personas de contraer la enfermedad, por el riesgo que podría significar esto para su salud y la de su familia. No obstante, ser objeto de discriminación no es nada, comparado con el ejercicio de ver recuperado a un paciente de COVID-19; debido a que trabajaba de acuerdo con esta consigna: “Soy Médico, lucho por ti y por mi vida. # Quédate en casa”. A pesar de los riesgos a los que se exponía, la lucha constante contra este virus lo consideraba un gran desafío, que no sólo se ganaba en cuidados intensivos, sino también promoviendo el autocuidado para evitar la propagación de este mal silencioso.

“La sudamos toda por la vida”

La práctica de la medicina es un arte basado en la ciencia como alguna vez lo afirmó el médico canadiense William Osler (Revista Crítica, 2016). Los médicos hacen un buen servicio a la sociedad; pueden pasar de héroes a víctimas, dependiendo de los acontecimientos clínicos que pongan en riesgo su integridad física y emocional. Precisamente en tiempos de coronavirus, ellos estaban en la primera fila del combate arriesgando su salud, en medio de la escasez de equipos de protección para cuidar y salvar a otros.

Evidencia de lo anterior, es la travesía que vivieron los profesionales de la salud que decidieron contar su historia a este medio de comunicación. Quienes, entre la discriminación y la lucha constante contra el COVID-19; poco les interesó el salario que devengaban por ejercer esta vocación, y aunque eran conscientes de los riesgos a los que se exponían, para ellos el compromiso social con la humanidad fue lo más importante. Ellos consideran que fue una prueba de fuego para su profesión y se sienten satisfechos y agradecidos con Dios por la labor emprendida. Por estas razones, estos héroes sin capa la sudaron en la pandemia, y aun en estos momentos continúan promoviendo el autocuidado y la vacunación como un mecanismo efectivo que disminuye la mortalidad en el departamento de La Guajira.